

RICARDO TÉLLEZ (1913-1998)

PILAR LÓPEZ GARCÍA (*)

Me hubiera gustado hablar de Ricardo Téllez en otras circunstancias, pero desgraciadamente tengo que hacerlo con motivo de recordarle tras su fallecimiento ocurrido hace ahora un año.

Ricardo Téllez era un ingeniero agrónomo totalmente integrado en el mundo de la Arqueología, y cosa poco habitual, perfectamente concienciado de las necesidades que los arqueólogos demandamos de los botánicos.

Había nacido en Almería en 1913, estudiando en Madrid la carrera de Ingeniero agrónomo. Desde su ingreso en el Centro de Cerealicultura de Madrid en 1949 comenzó a interesarse por los cereales españoles, tanto desde el punto de vista de su mejora como de su evolución histórica, interesándose por los que aparecían en yacimientos arqueológicos. Ingresó en la FAO en 1956, pasando varios años en América Latina (Chile y Méjico) donde colaboró en temas de desarrollo de la investigación, enseñanza y extensión agrarias. En 1965 se trasladó a Roma dentro de la misma Organización siguiendo trabajando con temas relacionados con América latina.

En 1970 regresa a España siendo nombrado Presidente del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas (INIA) con el fin de poner en marcha un Acuerdo con el Banco Mundial para el desarrollo de la investigación agraria, vinculándose al CSIC como Consejero Técnico Asesor del Patronato Alonso Herrera en 1971.

Ya por entonces comenzaban a ser conocidas entre algunos arqueólogos dos de sus obras: *Los trigos de la Ceres hispánica de Lagasca y Clemente*, publicado en 1952 y, fundamentalmente *Trigos arqueológicos de España* publicado en 1954 junto a F. Ciferri.

Este libro resultó fundamental en cualquier estudio en el que se abordara el tema de semillas

(*) Directora del Centro de Estudios Históricos, CSIC. Duque de Medinaceli, 6. 28014 Madrid. Correo electrónico: cepl99@ceh.csic.es



carbonizadas procedentes de sedimentos arqueológicos.

Cuando en 1975 finalizo mis estudios en la Universidad Complutense y decido integrarme entre los que veían las plantas como una parte más del registro arqueológico, me pongo en contacto con Ricardo en un alarde de optimismo, y digo esto porque no era fácil entonces acceder a alguien que ostentara un puesto como el que él tenía en ese momento. En honor a la verdad tengo que decir que pocas veces he visto a nadie tan entusiasmado con que alguien ajeno a su profesión se inmiscuyera en un área de su especialidad. Con él comencé a identificar semillas carbonizadas, poniendo a mi disposición, no sólo su colección de referencia, sino toda su bibliografía y algunos de los instrumentos utilizados en la medición de semillas. Revisó la parte de mi tesis doctoral dedicada a las semillas arqueológicas desplazándose para ello a París, ciudad en la que me encontraba formándome en lo que sería posteriormente mi dedicación primordial: los análisis polínicos.

Una vez que me desligué del estudio de las semillas, Ricardo continuó hasta el final interesándose y ayudando a cuantos estudiantes de nuestra es-

pecialidad se acercaron a él en busca de información y formación, pudiendo dar buena cuenta de ello alguna de las personas que, en la actualidad, trabajan en el laboratorio de Arqueobotánica de nuestro Departamento. Ricardo visitó con ellos

Museos en los que se depositaba material carpológico, facilitándoles el acceso a los mismos. Está claro que aquellos “trigos arqueológicos” dieron mucho juego en la formación de generaciones posteriores a su aparición.